

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 8 de Diciembre de 1916

NO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 638

La Inmaculada

María es sin duda la criatura más perfecta y agraciada que ha salido de las manos de Dios. Muchas hijas de Sión han acumulado en sí tesoros de gracias y bendiciones, es decir, muchas almas han sido amadas y favorecidas de Dios; pero Tú, oh María, Tú sola has superado a todas, porque has sido particularmente amada y favorecida por Dios que es tu Padre, tu Hijo y tu Esposo.

En la mente del Padre Creador estabas Tú, Hija predilecta, llena de gracia y de verdad, porque debías ser en lo posible semejante al Hijo unigénito del mismo Padre, lleno también de gracia y de verdad, que sería en el tiempo tu mismo Hijo.

Debías ser también en lo posible semejante al Padre que es fuente de toda santidad y hermosura, porque la mayor gloria del padre es que sus hijos sean semejantes a él.

¡Hija predilecta de tal Padre, hecha en todo lo posible a su imagen y semejanza! No, no pudo alcanzarte la maldición lanzada contra la raza prevaricadora, porque Tú eras demasiado amada para ser maldecida; eras demasiado amada para ser despojada de todas tus gracias y privilegios; eras demasiado amada para que de Hija pasases a ser enemiga.

Por consiguiente, no alcanzándote la maldición, no te alcanzó tampoco la culpa; por singular privilegio fuiste de ella preservada.

El Hijo eterno te escogió para que fueses su madre en el tiempo... No se escoge una cosa inmundada... Mucho menos una persona inmundada... Mucho menos para madre por su propio hijo... y por tal Hijo! Por este Hijo en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría del Padre, porque es la misma Sabiduría increada.

Si estos tesoros no te enriquecían a Ti, no nos hubieran enriquecido tampoco a nosotros que

por tu medio recibimos la vida y la gracia. Pero Tú eres particularmente llena de gracia...

La Sabiduría edificó para sí una casa y la embelleció con toda clase de adornos; esta casa eres Tú, oh María, morada del Verbo eterno adornada con toda clase de gracias y virtudes. Esta casa no podía jamás ser morada de la infernal serpiente...

El amor era el encargado de labrar tu sér preciosísimo, no como se labra una piedra preciosa, no como se corrige y transforma con paciente labor a una persona amada, sino como un Rey amantísimo y riquísimo dotaría y... formaría, si le fuere posible, antes de nacer, a la que debía ser su dulcísima esposa...

La que es impare en la tierra es una hermosa realidad en el cielo. El Espíritu Santo que es Amor ha embellecido y divinizado admirablemente a su cara Esposa, y no ha permitido que en ella hubiese la más mínima mancha. Toda eres hermosa, amiga mía, y en Ti no hay mancha alguna.

El Amor infinito no debía hallar jamás obstáculo a la perfecta comunicación con su Amada, debía remover todos los obstáculos que pudieran oponerse a esta inefable unión, y descender a ella e iluminarla y abrasarla y consumirla en sus ardores.

Este ha sido el sentir del pueblo cristiano respecto de María. Todos los siglos la han adorado como la vió el Profeta de Patmos, vestida del sol de Justicia, Cristo Jesús, y habrían creído inferirle una grande injuria, admitiendo en ella la mancha del pecado original. Pero ninguna heregia se levantó contra esta piadosa creencia, y así no fué particularmente defendida ni difusamente expuesta por los Padres y Doctores de la Iglesia. Tal heregia no habría podido prosperar, no habría tenido secuaces. Solo algunas escuelas de la Edad media o mejor dicho algunos doctores escolásticos se mostraron decididamente adversarios.

Otras escuelas y otros doctores

se aprestaron a defender la piadosa creencia y reportaron señalada y gloriosísima victoria. La escuela franciscana se distinguió entre todas y se enorgullece con motivo de haber sido la primera en el combate, y en la victoria.

El año 1297 abrió su escuela en la Universidad de París un franciscano, inglés de nación, el Beato Juan Duns Escoto llegando a tener hasta treinta mil discípulos a los cuales enseñaba expresamente que María fué concebida sin pecado original. Los adversarios de la piadosa creencia no se resignaron al silencio, y la disputa acalorada llegó a ser general. El Papa hizo reunir en París los más célebres teólogos de aquel tiempo para que en pública asamblea discutiesen esta doctrina, y envió también sus delegados para presidirla. El General de los Franciscanos con data del 18 de Noviembre de 1304 mandó a Escoto que asistiese a la misma. En ella dió una prueba tan grande de su ingenio, sus razones fueron tan contundentes su erudición tan sólida y hasta, su elocuencia tan persuasiva, su tesis tan clara que todos los adversarios se declararon vencidos. La Sorbona celebró aquel mismo año la fiesta de la Inmaculada Concepción en la iglesia de los Franciscanos con la asistencia de los Legados Pontificios, predicando en ella un Doctor de la misma Universidad, e hizo voto de defender esta doctrina.

Por mucho tiempo se disputó sobre la conveniencia de que la Iglesia con su autoridad infalible declarase ser dogma de fe esta piadosa creencia, hasta que el inmortal Pio IX el 7 de Diciembre de 1854 dió la tan suspirada Bula, enseñando ser doctrina revelada que «María Santísima fué concebida sin pecado original.»

Duns Escoto que por la agudeza de su ingenio era llamado «El Doctor sutil» recibió el sobre nombre de «Doctor mariano» y el santo Pio IX fué aclamado por todo el orbe «El Pontífice de la Inmaculada»

Tristeza otoñal

Las hojas, hace pocos meses lozanas y bellas, han ido cayendo poco a poco, viejas y caducas unas, arrancadas otras por el viento frío del otoño. El árbol, que adornado con grandes hojas tanto llamaba nuestra atención, y a cuya sombra protectora tantas veces nos hemos cobijado, ha perdido las prendas de su hermosura; sólo ha quedado un armazón de troncos y ramas, que con poca ansia es buscado, sin duda, porque la injusticia humana no le quiere y le olvida, cuando ya no puede prestarnos sus frutos, ni sus flores hermosas, ni aun su sombra.

El otoño, con sus tardes frías y melancólicas, es la imagen fiel de la tristeza, precursora de los días tétricos del invierno, imagen exacta del dolor acerbo y de la muerte. Días con nubes sembrados de amargura para muchos seres: el árbol que se ve yendo, y gran número de seres, quedará muy pronto sumidos en la miseria. Qué escenas más desoladoras se desarrollarán en esos hogares al pensar el padre de familia, que quizá en cinco o seis meses, hasta que llegue el buen tiempo se verá imposibilitado de proporcionar el sustento a su compañera y a sus pequeñuelos.

Con el otoño, casi termina el año: también el hombre tiene en la vida su otoño precursor de las postrimerías de la vida; es esa época en que ya el ánimo empieza a desfallecer y se siente rendido ante los años, que van pesando cada vez más, y en la que el hombre empieza a vivir con la alegría del pasado, que muchas veces hace olvidar lo doloroso del porvenir.

Sin embargo, hay seres desgraciados, que no se pueden consolar con su pasado porque también está preñado de amarguras. Son unas veces, jóvenes que las guerras u otros accidentes han dejado inútiles, o que adquieren enfermedades incurables y se hacen viejos prematuramente; otras veces, que nacieron ya lisiados o enfermos, que casi no han conocido un día feliz y que con frecuencia tienen que impetrar la caridad, o que murió el padre dejándoles pequeñitos y sin recursos.

¡Pobrecillos, cuánta compasión inspiran! Podamos decir de ellos, que han empezado a vivir por el fin, que no han conocido la primavera, que viven constantemente en un año triste, frío, melancólico.

P. Sáiz

España a María Inmaculada

MARIA CURANDO LAS HERIDAS DE ESPAÑA

¡Ay! Madre, madre mía! ¿me conoces?